

Mecus [Américo Agorio], “La mujer 100% madre”

El Diario, 10 de setiembre de 1934, p. 3.

El éxito obtenido tras larga experiencia en el refinamiento de la población pecuaria del mundo, parece haber inclinado la atención de los hombres de Estado, hacia el perfeccionamiento de la población humana.

Son muchas las iniciativas tendientes a ello que se han llevado a la práctica, si bien un tanto tímidamente en un principio debido a que según parecía, esto de procurar la buena salud de la humanidad, estaba reñido con la moral.

Ya hay países donde el examen médico prenupcial es obligatorio; Hitler impuso la esterilización de los individuos tarados, para evitar que inmortalicen sus taras; y a todos los gobiernos del mundo la mortalidad infantil comienza a preocupar casi tanto como la mortandad de borregos o la pérdida de la cosecha.

Es un progreso. Ya llegaremos andando el tiempo a la selección por cruza, de acuerdo con las necesidades del país; y los matrimonios se harán para cubrir por ejemplo, un déficit de labradores o mineros y se evitarán para abatir un superavit de universitarios, literatos u oradores.

Mussolini no podía escapar a esa preocupación de ambiente universal: convencido como todo el mundo de que la unidad hombre es tan valioso a pesar de la desocupación, como la unidad pecuaria, ha empezado a adoptar sus medidas con el objeto de obtener una gran producción de gran calidad.

Y ha ido derecho al grano. El grano en este caso es la mujer que posee el incommensurable honor de ser la madre del hombre. Mussolini se ha dedicado a perfeccionar la mujer dotándola de la mejor cantidad de madre posible.

Como ustedes recordarán comenzó por desterrar por decreto la "mujer crisis", nada de mujeres cloróticas, frágiles e idealizadas. Italia necesita la matrona; la mujer de los maestros del renacimiento; senos exuberantes, amplias caderas, rosas en la mejilla, fuego en la sangre... La moda misma, deberá ser curvilínea, para reivindicar a la mujer robusta, tan vilipendiada a raíz del entronizamiento de la "flapper".

Pero con eso no basta y Mussolini acaba de dar un último toque a su mujer del futuro. La mujer será eliminada de los negocios. Su trabajo no está en concordancia con su misión de "aumentar la familia", y además desaloja del empleo al hombre con "detrimento de la moral pública". Estos son los argumentos del Duce. Sus fines son otros.

La mujer ideal de Mussolini, no debe poseer nada para la coquetería; nada para el deleite de los sentidos; nada para la moda; nada para la frivolidad: ¡todo para la maternidad! La mujer de Mussolini, debe ser la mujer 100 % madre. Todo para la maternidad y todo para sus hijos.

Indudablemente que Mussolini piensa que los hijos de un matrimonio sano, criados por una mujer 100 % madre, tendrán que ser más perfectos que los hijos de otro

matrimonio sano, cuya mujer sea combinación de un 10 % de coquetería, 20 % de frivolidad, 50 % de feminismo (que no es feminidad) y un sólo 20 % de maternidad. En tan escaso porcentaje, no cabe la perfección del hijo.

No deseamos afirmar que Mussolini tiene razón, pero por lo pronto en el cine ya se usan las gorditas. Es un síntoma. Lo que afirmamos es que el mundo evoluciona hacia una purificación que necesita indiscutiblemente de ese crisol mussoliniano. El cultivo intensivo del hombre lo exige. Porque además de intensivo debe ser de perfección.

Andando el tiempo, pues, no tendremos que indignarnos un poco, al pensar que nuestro valor intrínseco de animales pensantes no alcanza a ocho mil pesos y un toro "Sorthon" se vende en cuarenta mil; valdremos según la calidad de nuestras capacidades... Porque suponemos, que así como a un toro se le aumentan los cuartos y el lomo, y se le disminuye los cuernos y los huesos, a nosotros nos ocurrirá lo mismo. Se nos aumentará la facultad de pensar y seremos por ese sistema, cavadores perfectos, mecánicos perfectos, o asesinos perfectos.

Sería ideal. Pero en una de esas todos esos perfeccionamientos, no dan para otra cosa que para hacernos terminar en una trinchera.